

La calle para el viernes 14 de marzo de 2008  
Diario de un espectador  
Silvia Navarrete  
por miguel ángel granados chapa

La semana pasada fue presentado el disco en que Silvia Navarrete, la más acreditada pianista mexicana cuando de rescatar música se trata, con piezas de Ricardo Castro. En 2007 se festejó el centenario de la muerte del compositor duranguense, y la notable intérprete contó en el elenco de maestras y maestros, solistas y orquestas que en la ciudad de Durango, en el teatro que lleva el nombre del autor, participó en el homenaje al músico nacido en 1864.

Como una prolongación a aquel homenaje, la maestra Navarrete grabó una selección de piezas del músico duranguense, presentada por el también pianista Ricardo Miranda, el crítico musical Lázaro Azar y el tenor Fernando de la Mora, que participa también en esta grabación, como lo ha hecho en otros discos en que su arte corre parejas con el de la notable pianista. El maestro Miranda es asimismo el autor de la nota biográfica de Castro incluida en el disco de su homenaje:

“No siempre la vida y la obra de un artista resultan por igual interesantes. Incluso Yeats decía que de cualquier hombre suele resultar apasionante un a de ellas, casi nunca las dos. Y tal vez, en el fondo, la biografía de Ricardo Castro resulte ser lo menos interesante, excepción hecha de dos episodios que vale la pena evocar: El primero sucedió en 1902 cuando alentado por El Imparcial y por Rafael Reyes Spíndola Castro ofreció un par de célebres recitales que lo ubicaron como la máxima figura de la escena musical mexicana. Días después, Castro emprendió una brillante gira que lo llevó a diversas ciudades del país como Chihuahua, Morelia, Durango y Guadalajara. Me gusta imaginar a Castro en este momento de su vida, al pianista porfiriano viajando en aquellos trenes más o menos recientes, durante trayectos que atravesaron la geografía del país para llevar su arte a lugares diversos, para esparcir en otros ámbitos el notable quehacer donde se combinaban compositor e intérprete. Porque no ha de olvidarse que Castro fue más famoso como pianista que como creador y que incluso se llegó a la exageración de comparársele con Liszt o Chopin. Y es que si bien en sus presentaciones solía incluir piezas propias, sólo las interpretaba tras haber dedicado la mayor parte de su pericia a las pautas de otros autores.

El segundo episodio lo cuenta Urbina y es casi un relato de terror. La escena reunió a diversos amigos en un restaurante, quienes de común acuerdo dejaron a Castro la cabecera. Las viandas y los vinos corrieron generosamente, desatando una fraterna convivencia donde, sin quererlo, se asomó un dejo de melancolía. En ese momento, los comensales iniciaron un desfile de confesiones relativas a su salud y a su propia muerte. Casi todos confesaron dolencias, descuidos o enfermedades recientes que les auguraban un fin próximo. Castro, en cambio, declaró abiertamente que se hallaba en plenitud, pues a su salud gozosa se sumaba el hecho incontrovertible de hallarse en el cenit de su carrera: director del Conservatorio nacional, virtuoso reconocido, compositor de primera línea. Cuál no sería la sorpresa de todos cuando, dos días después de aquella comida, se decretaban tres días de luto nacional por la muerte del artista. De manera idónea y lejos de ser un símbolo previsible, su tumba fue adornada con una lira rota.

“Pero a pesar de estos incidentes, ya curiosos, ya reveladores de una época y un sentir, lo notable de Castro se localiza en su música. Todavía tenemos pendiente el rescate de sus obras escénicas, de Atzimba, la princesa tarasca, o de la Leyenda de Rudel. En cambio, su música para piano comienza a sonar más allá de los habituales compases del vals Capricho. Y ahora con esta entrega múltiple, Silvia Navarrete le da vida a un retrato sonoro y polifacético del artista...”